

héroes y guapos: la Guerra de Sucesión española en los pliegos de cordel

CÉLINE GILARD
Université de Poitiers

Lejos de la imagen de una literatura marginal y despreciable que nos han dejado los eruditos, el pliego de cordel desempeñó a veces un papel importante en la interpretación del acontecer histórico y en la difusión de las ideas. Así pasó en particular con la Guerra de Sucesión de España (1702-1714), un tipo de conflicto inédito en la historia española. Cuando Carlos II murió sin heredero en 1700, su último testamento designaba como tal a Felipe de Anjou, nieto de Luis XIV de Francia y bisnieto de Felipe IV de España. El imperio germánico, donde reinaba la otra rama de la Casa de Austria, no aceptó el testamento, que la despojaba del dominio español a favor de un príncipe de la Casa de Francia, tradicional enemiga de los Habsburgo. La guerra estalló el 15 de mayo de 1702, entre el bando borbónico (las coronas de Francia y España) y el austriaco o carlista (el imperio germánico y sus aliados, los Países Bajos e Inglaterra, a los que se sumaron Portugal y Saboya). El caso de la sucesión española dio lugar no sólo a una guerra europea, sino también a una guerra nacional, dividiéndose España en dos zonas: el Este, favorable al archiduque Carlos de Austria, y el resto del país, fiel al heredero designado.

Del propio conflicto surgió la necesidad de figuras heroicas, por lo que los pliegos de cordel se convirtieron en instrumento ideal de propaganda; todo un sector de esa producción se dedicó a celebrar a los protagonistas sobresalientes. Se estudiará aquí la figura del héroe en los pliegos narrativos suscitados por la guerra, tanto en el bando austriaco como en el borbónico. Se analizará la dialéctica ideológica del género que, si bien adapta la realidad a sus cánones y reelabora la imagen de los actores de los sucesos inmediatos, también es capaz de adaptarse a los acontecimientos y a las particularidades de sus actores cuando lo exige la novedad de aquellos.

De particular interés son, sobre todo, dos personajes convertidos en héroes de romances: el príncipe Jorge de Hassia-Darmstadt y el coronel brigadier José Vallejo. Ambos se destacaron en momentos clave de la guerra. Darmstadt, último virrey de Cataluña designado por Carlos II y sustituido por Francisco de Velasco a petición de los franceses, tomó partido por el archiduque Carlos. Murió en el asalto a Monjuich el 14 de septiembre de 1705, poco antes de que estallara la rebelión catalana. José Vallejo, oficial de Felipe V, sobre el cual quedan pocos testimonios impresos fuera de pliegos y gacetas, se distinguió en los últimos años de la guerra, cuando se volvieron las tornas a favor del Borbón.

El coronel brigadier José Vallejo: un héroe invencible

Los modelos que sirvieron para la elaboración del Vallejo cordelero fueron sin duda alguna los *guapos* —bandidos o contrabandistas jactanciosos—, cuya truculencia salpica a los pliegos de cordel narrativos de los siglos XVII y XVIII. El caso no es excepcional, pues el *guapo* es el héroe cordelero por excelencia. A lo largo del siglo XVIII, este tipo “contamina” a otros héroes, oficiales estos, celebrados por los pliegos: los militares al servicio de la Corona, como Antonio Barceló, oficial de los jabeques correo de Mallorca, que en la segunda mitad del siglo consiguió numerosas victorias navales contra los moros. Vallejo no es el primer ni el único personaje de los pliegos felipistas en presentar esta tipología: varios nobles la revistieron antes, y sobre todo el propio Felipe V, gracias al ánimo guerrero que desplegó desde los albores del conflicto. Pero no trataremos aquí del rey *valiente*, dejando este tema para otro estudio. Excepto en el caso del joven monarca, esta tipología nunca se manifestó con más evidencia que en José Vallejo. Varios textos aluden a ese oficial felipista, e incluso se le dedica un romance completo que por su contenido puede fecharse de 1710.¹ En ese texto vamos a centrar nuestra reflexión.

¹ Curioso y nuevo romance en que se expresan las gloriosas hazañas del invencible español don Joseph Vallejo, coronel y brigadier de los exércitos del rey nuestro señor, don Phelipe Quinto, que Dios guarde. S.p.i. [Madrid : 1710 / 1711]. Biblioteca del Palacio Real de Madrid: III-6520-18.

La intensidad tipológica que presenta la figura del coronel brigadier Vallejo puede explicarse por su fuerte personalidad y por los éxitos militares que protagonizó (como decenios después ocurrió con Antonio Barceló, que tuvo la misma suerte cordelera). Todo ello permitió asimilarlo a la figura arquetípica del *guapo*, a su figura hercúlea, hazañosa y casi invencible:

Visto por los generales
 cómo Vallejo es la causa
 de carecer de noticias,
 luego dan orden que salgan
 diversos destacamentos
 y prisionero lo traygan;
 pero ni le traen ni vuelven,
 que Vallejo los despacha
 con boleta al hospital
 para que los pongan cama;
 lo que infundió al archiduque
 tal temor que luego trata
 dar orden a sus soldados
 para que el campo mudaran.

Héroe consolador, da lugar a un relato que satisface los anhelos del público y supera sus frustraciones e impotencias. Y es que el año 1710 había traído muchos sinsabores a los partidarios del Borbón, antes de concluir, en diciembre, con las lucidas victorias de Brihuega y Villaviciosa. Derrotado en Zaragoza el 20 de agosto de 1710, Felipe V se retiró a Madrid, pero ante el avance del ejército del archiduque Carlos tuvo que abandonar la capital, pronto ocupada por el enemigo. Al sentimiento de humillación experimentado por los madrileños (y por los seguidores de Felipe V en general) se sumaron varios disgustos de orden material, debidos a la escasez y a los rigores del clima en aquellos años. Vallejo figuró, así, como auténtico *deus ex machina*, vengando por sí solo las ofensas infligidas a sus paisanos. Lo permitió la misión algo especial que le había encargado Felipe V antes de salir de Madrid y que tenía más que ver con la guerra de guerrilla que con la guerra regular. En ella, el oficial supo desplegar su genio táctico:

En la retirada mandó su majestad se diesen 800 cavallos, destacados de diferentes regimientos, a cargo de Don Joseph Vallejo, para que con ellos observase los movimientos de los enemigos, que dirigian su marcha hacia esta corte; cuyo precepto puso en ejecución, acompañandose con ellos en las vecindades de Sigüenza, primer campo adonde empezó a ejecutar las operaciones militares, sin que al más amigo suyo ni la persona de más confianza que anduviese en su compañía le revelase ningún desig-nio, pues nunca sus cabos ni soldados tuvieron hora fija.²

Este caso nos muestra que la transformación de personajes contemporáneos en *guapos* por los pliegos de cordel no se puede atribuir a la falta de talento o imaginación de los poetas. No consiste en la aplicación arbitraria de unos esquemas petrificados; por el contrario, es como si los poetas y el público reconocieran a los personajes *valentizables*, dignos de lucir las prendas del *guapo*. Aunque al historiador le parezcan estos pliegos una fuente poco fidedigna, puede leerlos como motes que se deben descifrar, buscando qué elementos sacados de la realidad han dado lugar a la *valentización* de un personaje. En el caso particular de José Vallejo, se convirtió de hecho en guerrillero, asimilándose naturalmente a los cabecillas heroicos de los pliegos de cordel. Además, para un público amante de las hojas sueltas, ¿podía no evocar su excelencia táctica la invencibilidad de la valentía, fuerza atávica que confiere al *guapo* su dimensión descomunal?

Otra explicación radica en el contexto bélico, que da pie a la recuperación de otra característica del *guapo*: la ironía triunfante. En 1710, después de varias derrotas, el bando borbónico consigue las victorias deci-

² *Diario puntual de los sucessos de España, desde el día 20 de agosto de 1710, en que las armas cathólicas padecieron derrota en los campos de Zaragoza ; retirada de Madrid de nuestro amado rey don Felipe V el Santo, con toda su corte; entrada en ella del archiduque de Austria con su ejército, y de todo lo que executaron, hasta el merecido castigo que experimentaron con el total exterminio de estos reynos de Castilla y Aragón. Con otras muchas expressions, dignas de guardar para eterna memoria. Individuado con la mayor realidad hasta el día 21 de febrero de 1711, con algunos papeles y juguetes en prosa y verso que los mejores ingenios han escrito a este assumpto.* S.p.i. [1711], p. 5 (la relación consta de 90 páginas). Biblioteca de la Universidad de Sevilla, 110-38-1.

sivas de Brihuega y Villaviciosa (Alcarria), las cuales – dato llamativo – fueron conseguidas casi exclusivamente con tropas nacionales, igual que la victoria de Almansa en 1707. Los españoles podían preciarse de haber sostenido ellos solos el trono de su rey, abandonado a su suerte por su abuelo Luis XIV. Así, la aparición de una figura fuerte se hermana con las alternativas de la historia y con un arranque de orgullo patrio. Es de señalar, a este propósito, que la valentía o guapeza – heroísmo de aquellos que se han puesto al margen de la sociedad – se convierte a menudo, de modo paradójico, en manifestación de lo español frente a lo ajeno. Un motivo recurrente en los romances de *guapos* es el enfrentamiento del héroe con “malos delincuentes”, salteadores deshumanizados que a menudo integran categorías odiadas o percibidas por el público como extrañas al grupo: gitanos, moros. El *guapo* Ramón Guardiola se hace portavoz de los valores civilizados cuando da con un grupo de ladrones feroces y cobardes:

Salíme al fin del village,
 caminando por incultas
 sendas y desiertos valles,
 hasta que en medio de un monte
 di con nueve personajes
 de aquellos que se mantienen
 de robar a quantos pasen.

(Alvar, 1974: 314)

El héroe tiene identidad y combate, mientras que sus contrarios sólo sacan su fuerza de un instinto gregario que nada tiene que ver con la natural honra española. El escenario, además – los montes, la sierra –, proporciona indicios de su salvajismo primitivo. El mismo anonimato y la misma cobardía gregaria se evidencia en los gitanos que atacan a Juan de Arévalo:

Y una noche que pasaba
 por la sierra de Xerez,
 quatro gitanos se plantan
 delante de él y le piden
 el dinero o que le matan.

Arévalo, que esto vido,
 del caballo se apeaba
 y sacando un dobloncillo
 de a quatro con quatro balas,
 este le arrojó al primero,
 con que no habló más palabras,
 y con un doblón de a ocho
 contentó los que quedaban.³

A pesar de la inferioridad numérica, el auténtico valor del héroe termina triunfando. El desequilibrio de las fuerzas armadas a favor del archiduque, asociado con la supuesta esencia mala, e incluso diabólica, de los aliados — tachados de *herejes* por la propaganda felipista —, cuyas exacciones en Madrid habían alentado el odio de los castellanos, y por fin, el orgullo del triunfo final, pusieron a funcionar, en el imaginario colectivo, los mecanismos de la guapeza literaria.

En los pliegos populares, la guapeza aparece tanto más como manifestación del nacionalismo español cuanto que la gloria de Vallejo parece deslustrar la de otro militar, francés este: el duque de Vendôme, generalísimo del ejército borbónico en las batallas de Brihuega y Villaviciosa. Tal vez los españoles no habían olvidado que, años antes, en 1697, Vendôme había derrotado a las tropas españolas, durante el sitio de Barcelona por la flota francesa. Además, la hispanidad evidente del oficial felipista, comprobada por su valentía, confirma la de su monarca: Felipe V era bisnieto de Felipe IV, pero no pertenecía a la casa de Austria, condición necesaria, según sus contrarios, para ser rey de España.

El nacionalismo adopta, pues, la forma particular de la ironía triunfante de los *guapos*. Ahora bien, esta suele manifestarse en el marco de duelos o enfrentamientos individuales, durante los cuales el héroe acaba deshonrando a su adversario. Al dirigirse al ejército contrario, Vallejo parece mofarse de una cuadrilla de fanfarrones:

³ *Relación de las valentías y hechos de Juan de Arévalo, de sus encuentros con Francisco Estevan y otros guapos, y de como se mató a sí mismo por desgracia*. Valencia: Hija de Agustín Laborda, 1823. Fundación Bosch i Cardellach (Sabadell), Colección Pau Vila, R-8-17-242.

[...] ¿Qué es aquesto, luteranos?
 ¿Dónde vais, gallinas, mandrias,
 en precipitada fuga,
 no siguiendo vuestra marcha
 más que Vallejo y su gente,
 que de ochocientos no pasan,
 pues nuestro grueso de tropas
 aun se está en Casa Texada?
 Mas creo que se han movido;
 cuidado, si os alcançan:
 vuestra bárbara ossadía
 quedará bien castigada.

Aunque *a priori* todo diferencie al oficial de Felipe V de un Francisco Esteban, contrabandista, o del rufián Pedro Cadenas, él hereda de sus modelos poéticos su individualismo, o mejor dicho, el sesgo marcadamente individualizado que dan los narradores al relato de sus proezas. En este romance, la historia no es más que el telón de fondo de sus hazañas, lo cual le confiere cierta ingenuidad al poema, que deja a un lado el conflicto para centrarse en Vallejo:

Y aora entra aquí mi pluma,
 aunque paréntisis haga,
 a dezir del gran Vallejo
 un rasgo de sus hazañas.

La prioridad del coronel brigadier es mantener su fama y ser “terror y asombro” del enemigo, igual que un *guapo* quiere imponerse al resto del hampa. Esa preocupación constante del valiente es la que aparece en estos versos de las aventuras de Francisco Esteban:

Tiemble de mi nombre el mundo
 y estremézcanse los vientos,
 atemorícese el orbe
 y los hombres más soberbios,
 porque si digo quién soy
 tengo formado concepto

que no hay valiente ninguno
a quien yo no cause miedo.

(Durán, 1945: 367; núm. 1331)

El grado militar de Vallejo y su rango social no aparecen sino en el título del romance. El texto no lo sitúa en ninguna jerarquía concreta: es “el gran Vallejo”, como el rey es “el gran Felipe Quinto”. Los únicos descriptores que se le aplican se refieren a su valor superlativo: “valiente Alcides”, “lustre y honor de la Patria”, designaciones que comparte con sus homólogos delincuentes, si consideramos el romancero de valientes en su conjunto. Trascendida la escala jerárquica, Vallejo acaba siendo el enemigo personal del archiduque, quien desempeña el papel de un fanfarrón desprovisto de valor. La retirada de las tropas austriacas se atribuye a la cobardía personal del pretendiente austriaco:

[...] lo que infundió al archiduque
tal temor que luego trata
dar orden a sus soldados
para que el campo mudaran,
y en el centro de sus tropas
iba siguiendo la marcha,
temeroso que Vallejo
lo coxa en la retaguardia.

Como lo hemos señalado, el sesgo muy particular que tomó la guerra en Castilla en 1710, basándose en procedimientos propios de la guerrilla, así como la fuerte personalidad de Vallejo, hicieron posible tal representación. No obstante, reproduciendo el esquema del romance de *güapos*, el autor del pliego tiene dificultad en evocar la dimensión política (nacional e internacional) del conflicto, así como el heroísmo colectivo de los españoles felipistas. Lo hace al comienzo del texto, para pasar luego a las proezas de Vallejo, como si fuera imposible establecer un vínculo entre nación y héroe. Marcadamente dualista, el romance ofrece dos representaciones contradictorias de Felipe V. Antes de que aparezca Vallejo, el rey es una figura heroica:

Bien lo ha dicho la experiencia
 en el campo de Luzara,
 campaña de Portugal,
 y en la batalla de Almansa,
 siendo en todas las funciones
 el primero que abançaba
 a la frente de sus tropas,
 hecho un Marte en la campaña.

Pero, a partir del momento en que Vallejo acapara el protagonismo, Felipe V ya no es más que una figura pasiva, un pretexto para la acción del coronel brigadier:

Tiene su rey en campaña
 tantos Vallejos que pueden
 hazer con el mundo raya.

Existe, de hecho, un hiato entre la propaganda felipista y el sistema ideológico y estético de los pliegos de cordel. Aquella, vigente al principio del texto, presenta una visión global de la guerra; este, en cambio, cree en una especie de fuerza vital, presente en ciertos individuos, que los destina a un protagonismo heroico casi autónomo. Pero este hiato sólo es aparente, dado que, para los pliegos, la cuestión del heroísmo es una manifestación de la grandeza nacional. Citemos el principio del romance, breve pero importante alusión al valor de todo un pueblo:

Valerosos españoles,
 cuyas heroycas hazañas
 oy al día de la noche
 buelve a suscitar la fama,
 corrida de que las sombras
 ayan podido ocultarlas
 tanto tiempo en el olvido [...].

Llaman la atención esas “sombras” alusivas a la decadencia española, de la cual los castellanos tuvieron una conciencia aguda a finales del

siglo XVII, precisamente bajo el reinado del último Austria. La propaganda felipista recupera hábilmente este tópico:

Yo voy sólo a que por muerte
de Carlos Segundo de Austria,
nuestro legítimo dueño,
que ya en la gloria descansa,
el grande Phelipe Quinto,
de la Borbonesa Casa,
por la legítima herencia
vino a gobernar a España,
bolviendo a resucitar
el valor y la arrogancia,
que en los pechos españoles
antiguamente reynava.

El poeta evoca de manera simultánea al último Austria, cuya desastrosa imagen física permanecía en la memoria colectiva, y al primer Borbón de España. Es de notar que, poco tiempo después de morir Carlos II, las primeras descripciones de Felipe V lo presentaban como un Austria revitalizado. La contraposición de ambas dinastías resulta favorable a la nueva, aunque se manifiesta el respeto debido al difunto soberano. Son los Borbones quienes van a restablecer la grandeza española, lo que no supieron hacer los Austrias, pues fueron ellos mismos la causa de la decadencia. La lucha entre Vallejo y el archiduque, que parece fruto de una imaginación ingenua y torpe, ilustra cabalmente esta reivindicación borbónica: Felipe V lleva en sí la fuerza que le permitirá renovar a España y sabe infundirla a los españoles. A este propósito, es de notar que el encabezamiento del pliego subraya la nacionalidad de Vallejo: “el invencible español don Joseph Vallejo”. Lo atestiguan su irresistible *virtus* y su capacidad de ridiculizar a un enemigo de menor valía y fuerza vital. En cambio, la retirada de las tropas austriacas y, sobre todo, la vergonzosa huida del archiduque demuestran la incapacidad de los Austrias para cumplir con la renovación.

El príncipe Jorge de Darmstadt: el don de sí

Muy diferente es el caso de Jorge de Darmstadt, *landgrave* de Hasia. Efectivamente, cuando se trató de rendirle homenaje, los pliegos catalanes no reprodujeron la usual tipología heroica. De no haber muerto, tal vez habría llegado a convertirse en el *guapo* de los Austrias. Ya pasaba por un héroe por su resistencia valerosa al duque de Vendôme, durante el sitio de Barcelona en 1697. Para un público catalán nostálgico, simbolizaba el reinado de Carlos II, periodo fasto para Cataluña (es de notar la total indiferencia de los catalanes por el físico enfermizo del Hechizado), y también la lucha contra el francés aborrecido: la antipatía por Francisco de Velasco, virrey de Cataluña nombrado por Felipe V, aumentaba la popularidad del príncipe.

Darmstadt presentaba todos los rasgos requeridos para convertirse en *guapo* de romance. Las *Memorias* del duque de Saint-Simon lo describen como un hombre de cuerpo muy bien hecho y de temperamento aventurero: ofrecía su espada a quien podía, por ser un segundón, sin fortuna, de la casa de Hasia. Además, Saint-Simon destaca el aura algo novelesca del personaje, al evocar un idilio con la reina de España. Y es que el posible motivo de su venida a ese país — el embarazo de Mariana de Neoburgo — era digno de un relato de capa y espada:

Ne pouvant plus se dissimuler, au bout de quelques années de ce second mariage, que le roi d'Espagne ne pouvait avoir d'enfants, ce même Conseil [de Viena] eut recours au prince de Darmstadt, et, comme l'exécution n'était pas facile et demandait des occasions qui ne pouvaient être amenées que par un long temps, ils l'engagèrent à s'attacher tout à fait au service d'Espagne, et l'Empereur et ses partisans l'appuyèrent de toutes leurs forces, non seulement pour lui faire trouver tous les avantages qui pouvaient l'y fixer, mais tous les moyens encore de pouvoir demeurer à la cour, qui était leur but (Saint-Simon, 1983: 427).

Los pliegos catalanes de los Austrias parecían dispuestos a explotar la mina de la *valentía*, según demuestra un romance anterior a la muerte del emperador germánico Leopoldo (1705). En él, Leopoldo rebosa de ira hacia la casa de Francia y, como cualquier *guapo* matagendarmes o

magistrados corruptos de los romances de ciego, decide emprender una guerra contra el “intruso”, pese al derecho divino de los reyes que prohíbe oponerse al poder monárquico:

Quien defiende lo que es suyo
no peca en sacar la espada;
menos peca si mata uno
al que le roba su casa:
a mí me roban, señor,
y es fuerça sacar la cara [...].
Y vos, señor, perdonadme:
postrado estoy a essas plantas,
mas de la razón vencido
intento tomar vengança.
Misericordia, señor,
bolved, bolved por mi casa,
pero, con vuestra licencia,
que aquí la razón me llama,
he de proseguir diziendo
de mis agravios la causa.⁴

Este tema recurrente del romancero matonesco, el del bandido que extrae de sí mismo su justificación, permitía a la propaganda de los Austrias ocultar una insuficiencia ideológica o, por lo menos, eludir un punto delicado. La legítima defensa o la justa venganza es, efectivamente, un motivo del que alardean *guapos* como Rodulfo de Pedrajas o Pedro Salinas para perpetrar estragos entre los corruptos representantes de la ley. Pero los *guapos* se caracterizan por su invencibilidad, y Darmstadt llegó a ser una figura emblemática del bando austriaco precisamente después de morir durante el asalto a Monjuich por los aliados del imperio, en la noche del 13 al 14 de septiembre de 1705. Se convirtió inmediatamente en la imagen misma del sacrificio.

⁴ *Nuevo romance en que se declaran unos documentos y consejos que dio el emperador Leopoldo a su hijo Carlos III*. Barcelona: Bautista Altés impresor [1705]. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 4903.

Los pliegos no podían sino abandonar la vía de la guapeza, tanto más cuanto que la singularidad del *guapo* contrasta con un dato fundamental del bando austriaco, muy presente en ellos: una forma de particularismo catalán, que asimiló la causa del archiduque Carlos a la defensa de los fueros catalanes. Por consiguiente, las cuestiones nacionales no podían reducirse a la función de pretexto o telón de fondo de la acción del *guapo*, quien constituye su propio fin. Por ello, el imaginario colectivo se apoderó enseguida de la muerte de Darmstadt, que se vinculó definitivamente con Cataluña, y más aún con Barcelona. Su muerte fue portadora de símbolos que habían de hacer de este episodio un mito fundador de la lucha contra los Borbones.

Recordemos los elementos que pudieron convertir a Darmstadt en defensor heroico de las libertades catalanas. Francisco de Velasco, designado virrey de Cataluña en julio de 1697, rápidamente llegó a ser impopular entre los barceloneses, por razones más personales que políticas, según escribió en 1709 el jurista catalán Narcís Feliu de la Penya:

En el principio de su gobierno atendió con desvelo a lo militar y político, recto en la administración de justicia, aunque por su natural melancólico y algo altivo, opuesto a la llaneza y afabilidad que pide la nación catalana (Feliu de la Penya, 1709: 428).

Pero, sobre todo, los catalanes nunca le perdonaron el haber sido el primero en abandonar la ciudad durante el sitio francés de 1697. Se refugió entre Vilafranca del Penedés y Martorell con parte de la caballería, mientras que Darmstadt se quedó en Barcelona con la infantería. Este tenía el mando de la ciudadela de Monjuich y la defendió con ánimo. Desde entonces, fue la encarnación de la resistencia catalana y barcelonesa contra Francia, pese a su origen alemán. El historiador Joaquim Albareda i Salvadó escribe: “Ben altrament, ferit el juny pels Francesos, era als ulls dels catalans el paradigma del militar valent i consequent” (Albareda i Salvadó, 1993: 44).

Ahora bien, en 1705 cae en el teatro de sus hazañas, pero ocupando la ciudad el enemigo y siendo virrey nuevamente el cobarde Velasco. Los varios impresos austriacos de 1705 y 1706 evocan el “tirano yugo de la Francia” o la maldad del virrey:

Su malicia y su encono
 llegava a tal extremo
 que eran la muerte o Carlos
 de Cataluña el único remedio.⁵

A finales del año 1705, la llegada del archiduque pone fin a ese difícil periodo y es presentada como la liberación de Barcelona. Es de notar que las hazañas de Darmstadt se producen al principio y al final de una epopeya que se desarrolla en 1705, y cuyo último episodio parece ser el asalto de Monjuich, lo que expresa claramente su especial vinculación barcelonesa:

Vivió el príncipe para gloria de Cataluña en la defensa de su capital expugnada de franceses. Y para redemirla, cautiva de los mismos, debía morir en ley de verdadero amigo.⁶

El imaginario colectivo concibe esta epopeya como una historia circular, en la que el equilibrio se rompe antes de restablecerse. Con Felipe V, los Borbones usurpan el trono de los Austrias, soberanos legítimos de España, garantes de las libertades catalanas. La dinastía francesa llega a encarnar el Mal: extranjera, intrusa, invasora, es fuente de opresión para Cataluña. La muerte del defensor de Monjuich le confiere un papel tan importante en el mito, que hasta los poetas felipistas manifiestan fascinación por él y reproducen, a pesar suyo, el arquetipo forjado. Un romance favorable a Felipe V y al virrey Francisco de Velasco, titulado *Coplas a la muerte de el Príncipe de Armestat, hechas por una Dama de esta Corte*, refleja los elementos que van a transformar la muerte del príncipe en un episodio fundador de la historia de Barcelona:

Al salir de Barcelona,
 la capa al mar arrojó

⁵ *Invectiva al político gobierno de don Francisco Velasco*. Barcelona: Martín Gelabert, 1705. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 5675.

⁶ *Breve plática, en expression de la gloriosa muerte del serenísimo príncipe Darmstad, don Iorge (por la gracia de Dios) Lansgrave de Hassia*. Barcelona: Francisco Guasch, 1706. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 5690.

y dixo con ossadía:
 –Por ella bolveré yo.⁷

El poeta quiere fustigar la *hybris* de Darmstadt, origen de su oposición al monarca legítimo, que lo manda exiliarse. Pero su acción arrogante revela la idea, implícita para el poeta (aunque sea madrileño y felipista) de que la historia catalana permanece suspendida hasta que el exvirrey regrese a Barcelona, para expulsar a los franceses o para vengarse. Los versos se sitúan al comienzo del romance e implican la vuelta necesaria del príncipe para el último combate, como lo exige la estructura circular del arquetipo.

Poco después de la muerte de Darmstadt se produce la rendición de Velasco ante los aliados austriacos, y el archiduque, aclamado como Carlos III de Austria, hace su entrada en Barcelona. Es como si existiera un vínculo causal entre ambos acontecimientos: espontáneamente se impone, en la fantasía colectiva, la idea de que era necesaria la muerte del último virrey fiel a los Austrias para que Barcelona se viera libre de la opresión — la idea de una redención por el sacrificio. Aquí se transparenta el trasfondo religioso del conflicto, presente en ambos bandos. Como lo proclama la relación barcelonesa citada, Darmstadt es una transposición de Cristo, encargado de redimir, ya no a la humanidad, sino a Cataluña:

¿Qué hizo Christo? Murió por los hombres para su eterna salud, que por esso dixo por Osseas: Ero mors tua, o mors. Murió para matar la muerte, pues murió para nuestra vida eterna. ¿Pudo Christo redimirnos sin morir? ¿Quien lo duda? [...] Vino don Jorge a Cataluña para redimirla de la opression francesa. [...] Murió por la redención de Cataluña, porque falleció en la toma de Monjuique; pues con ella salió libre de la dura opresión y tirano jugo de la Francia.⁸

El texto tiene como exergo una cita bíblica en latín, que asimila a Cataluña con la Tierra Santa: “*Considera Israel pro his, qui mortui sunt super*

⁷ *Coplas a la muerte de el Principe de Armestat, hechas por una Dama de esta Corte*. S.p.i. [Madrid: 1705] Biblioteca de Cataluña, F. Bons 7537.

⁸ Véase nota 6.

excelsa tua vulnerati". Esta comparación ilustra la certeza, presente en las mentalidades españolas de finales del siglo XVII, de que España es la nación cristiana por excelencia, cuando las demás se han contagiado de herejía en mayor o menor grado. Pero aquí se refiere únicamente a Cataluña, lo que denota el orgullo nacional del autor. La identificación con Cristo es tanto más comprensible cuanto que la fecha del asalto a Monjuich, y por tanto del martirio de Darmstadt, coincide con la fiesta religiosa de la Santa Cruz. Además, el suceso puede tener un simbolismo espacial: Monjuich, colina adyacente a la ciudad, evoca el Gólgota, eminencia situada fuera de los muros de Jerusalén.

Si el heroísmo de Vallejo estriba en sus propias hazañas, el de Darmstadt radica en un sacrificio que él mismo ha deseado:

Assentarme yo en esta hora
no fuera mi honra, ni puedo hazer tal,
porque quiero morir en el choque
y ganar la victoria a Carlos Real.⁹

Darmstadt queda marcado en su carne y en su alma por la acción, en vez de acumular hazañas como los *guapos* hercúleos e invencibles que prestan al oficial felipista sus señas de identidad. Señalemos de paso que, al buscar el poeta un modelo para el indomable Vallejo en el terreno de la santidad, no puede sino compararlo con Santiago, el patrón guerrero de España:

Este, pues, valiente Alcides,
lustre, y honor de la patria,
imitador valeroso
de nuestro patrón de España,
cuya roxa insinia esmalta
su noble y valiente pecho,
siendo de las luteranas

⁹ *Segunda parte al avance de Monjuique y la fatal muerte del serenísimo príncipe de Armestad. Compuestas a son de Marisapolas*. Barcelona: Juan Bautista Altés [1705]. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 5692.

tropas el terror y assombro,
como ellas mismas declaran.

En cambio, se reconoce en Darmstadt una parte humana, contingente y conmovedora, que remite a la pasión de Cristo. Y más allá de la figura crística, nace un nuevo tipo de protagonista, cuya grandeza consiste en superar su desdicha y la fragilidad inherente a la condición humana. Ante la muerte inminente que los ha de separar, el príncipe llora con su hermano Enrique:

El buen príncipe se congoxava
y a su hermano embió a llamar,
y le dize: —¡Ay, hermano mío,
yo estoy afligido, venme a consolar!
—A consolarte, yo, hermano mío,
¿cómo puede ser, sino gemir y llorar?
Porque yo estoy también afligido
de verte rendido con herida mortal.¹⁰

Darmstadt es portador de la fuerza vital de la valentía, pero en vez de ejercerla en su beneficio la entrega con generosidad a los catalanes, derramando su sangre en la colina fortificada de Barcelona para que esta fuerza pase al pueblo y pueda comenzar la rebelión. Esta idea se plasma de manera evidente en un pliego titulado *Dézimas a la muerte del serenissimo príncipe Dermestad, que compuso un rector aficionado suyo*:

Para que sus hijos vivan,
se da muerte el pelicano
y sin ser su intento vano
con su sangre ellos se animan.
Muchos ay que se lastiman
del príncipe, pero oíd:
aquessa sangre (advertid)
que invicto General dio

¹⁰ Véase nota 9.

cada catalán bolvió
Ércules, Héctor y un Cid.¹¹

Otro pliego subraya el vínculo de causalidad entre la muerte del exvirrey y la rebelión:

Vierte su sangre, el cetro el rey empuña,
su fortuna consigue el principado,
y en su muerte la vida toda España.¹²

A partir de ese momento, efectivamente, los protagonistas de los pliegos del bando austriaco serán, ya no determinados individuos, sino las masas, la nación catalana, cuyo heroísmo ha sido reactivado por la sangre de Darmstadt. Es una transposición guerrera de la Pasión: Cristo muere en el Gólgota, donde quiere la tradición que haya sido enterrado Adán, y así redime a la humanidad del pecado original; al caer en Monjuich —Gólgota guerrero de Barcelona—, Darmstadt vuelve a suscitar el valor innato de los catalanes.

Un texto describe la actitud heroica de las mujeres barcelonesas que, durante el sitio de 1706 por las tropas borbónicas, prestaron auxilio a los hombres que defendían Monjuich:

O nobles barcelonesas!
O sempre invictas matronas!
Eternament duraràn
hazanyas tan portentosas.¹³

¹¹ *Déximas a la muerte del serenísimo príncipe Dermestad, que compuso un rector aficionado suyo*. Barcelona [1705]. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 5691.

¹² *Coblas hechas a las gloriosas hazañas y lamentable muerte del serenísimo señor príncipe de Asmestad. Primera, y segunda parte*. Barcelona: Juan Bautista Altés [1705]. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 5692.

¹³ *Proesas que las barcelonesas donas han ostentat en este siti del any 1706*. [Barcelona]: Barthomeu Giralt [1706]. Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, B-170- 8°-op-26.

El poeta las llama “leonas”, siendo que este animal simboliza en los romances el valor del rey (Carlos V es “león de España”) o de los *guapos*. La guapeza llega, pues, a ser colectiva, se difunde entre el pueblo o la nación, como en estos versos dirigidos a Cataluña:

No necessitas que Palas
 en la escòla militar
 te ensenye a jugar Armas.¹⁴

Encontramos aquí los mismos elementos que en la propaganda felipista: la reunión de lo político, lo religioso y lo militar. La propaganda austriaca acude a los mismos valores, las mismas imágenes idealizadas del poder hispánico, pero se ve forzada a negar las alegaciones felipistas a propósito de la “herejía”, como en esta declaración hecha por el archiduque, en 1706, contra

las voces divulgadas en Castilla, en gazetas y manifiestos, de que huiesse dado yo a las tropas de Inglaterra y Olanda iglesias públicas donde se predicasse su religión [...]. Protesto que si creyesse avía de resultar, por cooperación mía, a nuestra sagrada religión católica, el menor detrimento, no solo renunciaría, por escusarlo, el dominio de la monarquía de España, pero aun el de todo el universo, apreciando más el dichoso nombre de fiel y amante hijo de las iglesias que todas las coronas del mundo.¹⁵

¹⁴ *Copia de una carta escrita al principat de Catalunya, ab la qual li suplican alguns de sos naturals ausents, ques troban en Castella y altres parts, baix lo tirá govern de la França, los deslliure de la esclavitut que pateixen, posantlos a la gustosa y suau obediencia de nostre volgut y adorat monarca Carlos III (que Deu guarde). Romance.* Barcelona: Francisco Guasch [1705 / 1706]. Biblioteca de Cataluña, F. Bons 5706.

¹⁵ *Don Carlos (por la gracia de Dios), rey de Castilla, de León, de Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algezira, de Gibraltar, de las islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, islas y Tierra Firme del mar océano, archiduque de Austria, duque de Borgoña, de Brabante y Milán, conde de Aspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona, Rosellón y Cerdeña, señor de Vizcaya y de Molina, etcétera.* S.p.i. [Barcelona: 1706]. Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona, B-1706-8°-op-18.

Así, la propaganda austriaca, tanto en los pliegos populares como en documentos oficiales, se apoya también en unos rasgos que podemos llamar arcaicos en los albores del Siglo de las Luces. Sin embargo, la forma original que adoptan estos elementos tradicionales, con la mitificación de la muerte de Darmstadt, desemboca en la expresión de una conciencia nacional muy moderna, que se fundamenta, en este conflicto, en una voluntad heroica colectiva.

Esta característica se percibe en los pliegos cuando celebran el valor de la nación catalana, del pueblo catalán. El pueblo llega a ser el héroe de los pliegos. La valentía no aparece ya como una manifestación individualista, sino como emulación dentro de un bloque en la resistencia:

Y encara que ellas trobassen
a sas companyeras mortas,
no per això desmayavan;
antes, apar que embidiosas,
de veurer que avian dat
mes que ellas, com a lleonas
al major perill se entravan,
causant embidia no poca,
al més valeròs soldàt,
al capità de mes honra.¹⁶

La mitificación de la muerte del príncipe de Darmstadt coincide con el heroísmo colectivo de los rebeldes, que forman un bloque en la resistencia. Los pliegos felipistas se ven obligados a reflejarlo, pese a su voluntad de no ver en los partidarios del archiduque sino a traidores ridículos o monstruosos. Un romance de 1713 que relata la caída de Cadaqués y Manresa ofrece la visión de una multitud épica al pintar a los manresanos:

Los ingratos catalanes
se rebelaron, a un tiempo
disparando por ventanas,
rejas, puertas, y aburejos,

¹⁶ Véase nota 13.

carabinas y fusiles,
 escopetas y pedreros,
 bayonetas y alabardas,
 en altas voces diciendo:
 — ¡Viva el archiduque Carlos,
 pues en su nombre debemos
 sacrificar nuestras vidas
 con mil leales anelos!¹⁷

En definitiva, la “torpe pluma” de los poetas de cordel fue capaz de adaptar los tópicos heroicos de esta literatura a una situación nueva y de reactivar los esquemas míticos populares. El surgimiento de una figura emblemática y su tratamiento poético contrarrestan las acusaciones del bando contrario: si los secuaces del archiduque tachaban a Felipe V de extranjero e invasor, para los felipistas el triunfo del archiduque se saldaba con la difusión del protestantismo en España. Ahora bien, la conversión de Vallejo en *guapo* afirma la hispanidad de Felipe V, y la de Darmstadt en figura crística legitima el derecho divino del archiduque. Los pliegos de cordel, aparentemente rígidos, aficionados a lo irracional, a lo anecdótico y a los héroes individualizados, supieron difundir entre su público la propaganda partidaria y la convicción de integrar una identidad colectiva comprometida en la lucha, pero sin salirse de sus marcos tradicionales.

Bibliografía citada

ALBAREDA I SALVADÓ, Joaquim, 1993. *Els catalans i Felip V. De la conspiració a la revolta (1700-1705)*. Barcelona: Vicens Vives.

¹⁷ Verdadera relación y curioso romace [sic] en que se declaran las felicísimas victorias que han logrado las armas de nuestro católico monarca Felipe Quinto (que Dios guarde muchos años) contra las de los rebeldes y enemigos, en el principado de Cataluña, en la Villa de Cadaqués, y en la ciudad de Manresa, el día 25 de julio y ocho de agosto de este presente año de 1713. Dase cuenta de los muertos y heridos que huvo, y también los víveres y pertrechos de guerra que se apresaron, sin otras distintas noticias que verá el curioso lector. Madrid: 1713. Biblioteca Nacional de Madrid, VE-502-22.

- ALVAR, Manuel, 1974. *Romances en pliego de cordel (siglo XVIII)*. Málaga: Delegación de Cultura.
- DURÁN, Agustín, 1945. *Romancero general o colección de romances anteriores al siglo XVIII*, vol. 2. Madrid: Atlas.
- FELIU DE LA PENYA, Narcís, 1709. *Anales de Cataluña*, vol. 3. Barcelona.
- SAINT-SIMON, Louis de Rouvroy, duque de, 1983. *Mémoires*, vol. 1. París: Gallimard.

*

GILARD, Céline . “Héroes y *guapos*: la Guerra de Sucesión española en los pliegos de cordel” . *Revista de Literaturas Populares* V-2 (2005): 310-331.

Resumen. Además de ser una guerra nacional e internacional, la Guerra de Sucesión española (1702-1714) involucró una batalla ideológica entre el bando de los Austrias y el de los Borbones. Los pliegos de cordel jugaron un papel activo en esa guerra de propaganda, de modo distinto en cada uno de los bandos, impulsando en ambos casos la acción y la imaginación de las fuerzas populares. Este artículo investiga las batallas de los pliegos de cordel y el surgimiento de figuras arquetípicas como el *guapo* frente al pueblo como protagonista, demostrando la eficacia y la capacidad de adaptación de los modelos populares.

Abstract. Besides being a national and international war, the War of the Spanish Succession (1702-1714) involved an ideological battle between the Austrians and the Bourbons. In this propagandistic war, the chapbooks, played an active role, in a different way in each of the factions, but impelling always the action and imagination of popular forces. This article analyses the battles of the chapbooks and the emergence of archetypical figures such as the *guapo* as protagonist, showing the efficacy and adaptability of popular models.